

Guido Finzi

Herr Doktor,
historia de un encuentro

ACVF- La Vieja Factoría
MADRID

Diseño de la colección:
La Vieja Factoría

Fotografía de cubierta:
© Jorge Cesaro Gelos

Edición:
José M. Ramírez
www.factoriadelalengua.com

Primera edición en ACVF-La Vieja Factoría:
octubre de 2018 (ebook)
octubre de 2018 (libro)

© Guido Finzi, 2018
© ACVF-La Vieja Factoría, 2018
www.laviejafactoria.net

ISBN: 978-84-949453-0-4

Impresión digital bajo demanda

A Álvaro Romero

Debieron ser dos o tres semanas lo que tardé en fijarme en aquel tipo. Hasta entonces no le había prestado especial interés, y acaso todo hubiera seguido igual de no haberle escuchado llamar «mozo» al camarero, y saludar con un «buen día», o dar las «gracias», al modo rioplatense. Desde ese momento, comencé a observarlo con mayor atención.

El hombre era muy anciano, seguramente más de lo que delataba su aspecto, y se mantenía erguido como si se hubiera tragado un sable. Se movía de forma vigorosa, a pesar del bastón, que le moderaba la ligera cojera de su pierna izquierda, y en sus ademanes se evidenciaba una nobleza natural, un donaire de elegancia y discreción. Vestía con gusto y estilo clásico, y conservaba una hermosa mata de esponjoso pelo blanco, que se balanceaba graciosamente al compás de su andar ladeado. Parecía un catedrático emérito y se llamaba Claudio Rubí.

Transcurridos ya quince años, el viejo continúa ocupando mis pensamientos. Pienso muy a menudo en él, y evoco con sumo agrado su figura, su manera de hablar, la sorprendente agilidad con que movía las manos y las largas conversaciones que mantuvimos, tan ricas en datos y anécdotas. Pero, sobre todo, lo añoro, con esa dolorosa nostalgia de las cosas buenas que tardamos en encontrar y que, una vez halladas, rápidamente se pierden. Para siempre, y sin haber tenido tiempo de disfrutarlas. Basta con cerrar los ojos para revivir nuestros encuentros en el Siena, un local centenario del centro de Madrid, de techos altos, con las paredes recubiertas de paneles de nogal, y un olor muy característico, mezcla de madera añeja y café recién molido. Él acudía prácticamente a diario y yo terminaría haciéndome cliente.

La memoria es algo muy curioso. Cuando pienso en don Claudio, la imagen inicial que se me presenta no es la del momento en que lo conocí, ni tampoco la de otros momentos importantes de nuestra fugaz relación, sino de aquel mediodía en el que, compartiendo mesa en el Siena, el viejo, acercándose mucho su cara, me dijo, en un tono bajo, confidencial:

—Le va a parecer raro, Finzi, pero ¿sabe que tardé años en saber que existían los judíos italianos? Debía tener como veinticinco cuando caí en la cuenta, y fue al leer, en alemán, una biografía de Cesare Lombroso.

Había algo de vergüenza en esa revelación, aunque la tímida sonrisa con que la remató me dejó claro que no dejaba de ser una anécdota de juventud. Yo estaba acostumbrado a la ignorancia de la gente al respecto de la cuestión y no le otorgaba mayor importancia. Sin embargo, aquello, viniendo de don Claudio, se me quedó

grabado. Me sorprendió que un nonagenario, tan vivido y desenvuelto como él, aún sintiera cierto rubor al confesarlo.

Pero, siendo eso lo primero que me viene a la cabeza al recordar a Claudio Rubí, no por ello olvido los detalles de la mañana en que nos conocimos y cómo ese viejo, distinguido y canchero, me ganó incluso antes de comenzar a contarme su vida. Sé que en la distancia es fácil de decir, pero yo, desde el inicio, presentí que aquel hombre dejaría en mí una marca indeleble, una huella cuya dimensión sólo voy comprendiendo con el transcurrir del tiempo. Su historia era tan excepcional que mejoraba a cualquier novela. En ella había fascistas, militares golpistas, guerras, crímenes, venganzas, pero también generosidad, amistad, amor y redención. La mía, por el contrario, no pasaba de historieta. Las únicas historias interesantes que yo podía contar eran las que les robaba a los otros, o simplemente me inventaba. Quién sabe, tal vez lo único que quede de nosotros sean las historias, como si fueran un fantasma de lo que fuimos en vida.

La aparición de Claudio Rubí en mi vida fue providencial. Llegó a mí en el momento oportuno, cuando yo acababa de sufrir un severo revés sentimental y emocionalmente no me encontraba en buen estado. Me ayudó a romper con la dinámica de autocompasión en la que me hallaba hundido, y a olvidarme del doloroso fin de un noviazgo. Y es que en la vida todo está relacionado y el destino dispone las circunstancias de tal forma que, para abrimos algunas puertas, nos cierra previamente otras.

Corría el mes de junio de 2003, no sabía precisar el día, cuando Lucía, mi pareja de aquel tiempo, me dejó. Las razones nunca las supe con certeza, pero no me cabe duda de que tuvieron que ver con su familia. A ojos de los Roldán, una estirpe de abogados y notarios perteneciente a lo más rancio de la burguesía andaluza, yo no poseía casi ninguna de las cualidades de lo que ellos consideraban un «buen partido». No era, ni por asomo, el candidato soñado para su hija. Aspiraban a emparejarla con alguien que pudiera brindarle un futuro más sólido que el que le predecían a mi lado. Alguien cuyo nivel de ingresos le garantizase una cómoda posición económica. No pretendían otra cosa, y tampoco se conformaban con menos. Era gente de un pragmatismo inmovible, obsesionada por eso del estatus y el relieve social.

Afortunadamente, a los Roldán yo los traté poco. Cuando nos veíamos, todo era cordialidad y buenas ma-

neras. Jamás una palabra fuera de tono, ni un reproche, ni siquiera un comentario con segundas intenciones. No podía imaginarme que, bajo esa apariencia de normalidad y calma, ellos iban gestando mi desdicha futura, la ruptura de mi unión con Lucía. Como suele ocurrir con lo que nos destruye: no lo vi venir.

Yo había conocido a Lucía dos años antes, en un día cualquiera del mes de mayo. Debían ser sobre las siete y media de la tarde, y me moría de ganas por llegar a casa. En esa época, yo trabajaba como contable en una asesoría del extrarradio. Una actividad que no sólo no me producía el más mínimo disfrute, sino que me hundía en un tedio parejo y constante que me erosionaba por dentro. En aquel entonces, no escribía nada y me la pasaba anhelando que alguien, aparecido por arte de magia, me ofreciera un puesto en algún rubro creativo, como la publicidad, el cine o incluso en televisión. Con frecuencia, pienso que la mayor parte de las cosas que me sucedieron en la vida, lo hicieron únicamente porque me topé con ellas. Vinieron a mí sin que apenas mediara mi intervención.

Como siempre que regresaba del laburo, esa tarde iba conduciendo mi auto. Hacía poco que había dejado de llover y las calles estaban empapadas y plagadas de charcos. Llevaba aproximadamente la mitad de recorrido hecho cuando, al girar en una esquina, mi peugeot 306 hundió las ruedas del lado derecho en un enorme socavón, disparando una gran cantidad de agua sobre la acera y una transeúnte. Dado que iba rápido, tardé algunos metros en poder frenar. Al mirar a través del espejo retrovisor, pude apreciar a una chica que gesticulaba

enojada mientras contemplaba su ropa clara salpicada de manchurroneos oscuros. Me apeé inmediatamente y corrí hacia ella. Al acercarme, me di cuenta de que el agua sucia del charco no sólo le acribilló el vestido, sino también brazos y cara.

—Perdoná, no sabés cómo lo siento... fue sin querer —me excusé, poniendo mi mejor cara de boludo.

—Me imagino —contestó, más pendiente de continuar evaluando los daños en sus pilchas que de mis disculpas.

Decir que la mina estaba buena sería, aparte de una vulgaridad, quedarse corto. Era mucho más que eso. Era guapa, muy guapa, e irradiaba un atractivo que trascendía lo puramente físico. Su fino pelo castaño le caía en cascada sobre los hombros, y sus ojos, grandes y de color pepsi-cola, emitían destellos de inteligencia. En cuanto a su cuerpo, éste se adivinaba, bajo sus ligeras vestimentas primaverales, armónico y atlético, espléndido y sumamente apetecible, permitiendo aventurar la beneficiosa práctica de ejercicio de forma continuada. Me sentí atraído por ella nada más la tuve delante, y automáticamente la imaginé con unas mínimas braguitas blancas y una camiseta de tirantes, en fuerte contraste con su piel bronceada.

—Me gustaría poder hacer algo... —musité, con sincero ánimo reparador.

—¿No hiciste bastante? —replicó, suavizando el tono con una media sonrisa.

—Mirá, no quiero parecer un desubicado, pero quisiera compensarte por las molestias que te ocasioné. ¿Te puedo pagar la tintorería?